

LOS PRIMEROS PASOS DE UN ESCRITOR EN PRENSA:  
GONZALO TORRENTE BALLESTER EN *EL CARBAYÓN*  
(1927-1928)

Ana María Gómez-Elegido Centeno  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

**Resumen:** El objetivo de este artículo es el análisis de las colaboraciones de Gonzalo Torrente Ballester en el periódico *El Carbayón*, donde trabaja durante los años 1927 y 1928. Los artículos le llevan a un variado ejercicio profesional como crítico, cronista y literato, mostrando ya su talento inicial para adaptarse a las distintas formas literarias.

**Resumo:** O obxectivo deste artigo é a análise das colaboracións de Gonzalo Torrente Ballester no xornal *El Carbayón*, no que traballou durante os anos 1927 e 1928. Nos artigos fai un variado exercizo profesional como crítico, cronista e literato, amosando xa daquela o seu talento inicial para afacerse as diferentes formas da literatura.

**Abstract:** The purpose of this work is to analyze the Gonzalo Torrente Ballester's Articles published into *El Carbayón*, a local newspaper from Oviedo (1927-1928).

Gonzalo Torrente Ballester pertenece al grupo de autores para los cuales el ejercicio de la escritura posee una naturaleza vocacional que se desarrolla durante toda una vida y cuya singladura abarca todos los territorios, todos los géneros y todos los soportes. Su labor literaria de creación y ficción –novelas, cuentos y teatro– o bien, su dedicación intelectual y docente– traducciones, conferencias, ensayo...– han sido suficientemente reseñadas y estudiadas, objeto de muy diversas investigaciones. Pero, sin embargo, huérfana queda su abundante e interesante producción como escritor en prensa. En los estudios sobre Torrente Ballester se pasa de puntillas al abordar su tarea en el ámbito del Periodismo y sólo contamos con algunos libros que se limitan a recopilar sus habituales colaboraciones, fruto de su escritura semanal o diaria a lo largo de diversos años. Es el caso de obras como *Cuadernos de La Romana* y *Nuevos Cuadernos de La Romana*, *Torre del Aire*, *Cotufas en el Golfo*, o bien *Memorias de un inconformista*, conjuntos de artículos escritos en diversas etapas correspondientes a los periódicos *Informaciones*, *ABC* y *Faro de Vigo*,

*HESPERIA: ANUARIO DE FILOLOGÍA HISPÁNICA*, VII (2004)

respectivamente<sup>1</sup>. Asimismo hallamos diversas bibliografías sobre su obra en las que se citan algunos de sus trabajos publicados en otros periódicos y revistas, sin que conste ni la lista completa de ellos<sup>2</sup> ni tampoco la referencia a investigaciones sobre su tarea periodística.

Con el presente artículo se pretende dar a conocer los primeros pasos de Gonzalo Torrente Ballester en el Periodismo a través de su colaboración en el diario ovetense *El Carbayón*. Nuestro autor empieza a escribir en este periódico en 1927<sup>3</sup>, con

---

<sup>1</sup> *Cuadernos de La Romana*, Barcelona: Destino, 1975 y *Nuevos cuadernos de La Romana*, Barcelona: Destino, 1976, recopilan los artículos de Torrente publicados en el diario *Informaciones* en el suplemento literario “Informaciones de las Artes y las Letras” correspondientes a las fechas que van desde el 18 de octubre de 1973 al 4 de septiembre de 1975. Estos artículos aparecerán en el volumen sin ningún tipo de prólogo o estudio introductorio sobre los mismos.

El resto de artículos publicados en *Informaciones* y dentro del mismo suplemento literario del periódico serán objeto de un libro posterior titulado *Torre del Aire*, La Coruña: Diputación Provincial de La Coruña, 1992, que recoge la continuación de estos escritos ahora publicados bajo el nuevo título de la sección, que es el que da nombre al volumen recopilatorio. Se compendia la producción periodística que abarca desde el 18 de septiembre de 1975 al 15 de diciembre de 1979. Este volumen sí presenta un estudio a modo de prólogo de César Antonio Molina, autor, a su vez, de la edición y del prólogo del libro de recopilación de los artículos de Torrente en *Faro de Vigo* titulado *Memoria de un inconformista*, Madrid: Alianza, 1997 y que recoge su trayectoria en este periódico desde el 28 de julio de 1964 al 26 de marzo de 1967.

Por último sus *Cotufas en el golfo*, Barcelona: Destino, 1986, con prólogo del propio Torrente, conjunto de su escritura en *ABC* en el suplemento semanal “Sábado cultural” durante el periodo que abarca del 7 de noviembre de 1981 al 26 de abril de 1986.

<sup>2</sup> Carmen Becerra Suárez, “Bibliografía de y sobre Gonzalo Torrente Ballester”, *Anthropos*, 66-67 (1986), pp. 31-44. Y de la misma autora: “Bibliografía esencial actualizada”, José Paulino/Carmen Becerra (eds.), *Gonzalo Torrente Ballester*, Madrid: Editorial Complutense, 2001, pp. 221-229.

<sup>3</sup> “1927. Primer curso universitario en Santiago. En este mismo año pasa a Oviedo para estudiar Derecho. Entra en contacto con los escritores de vanguardia por medio de las obras que llegan a sus manos en el Ateneo de esta ciudad, las cuales le provocan un auténtico interés por las nuevas tendencias. Hace en Oviedo su primera colaboración literaria en un periódico local llamado “*El Carbayón*”, Alicia Jiménez, *Torrente Ballester*, Barcelona: Barcanova, 1981, p. 10.

apenas diecisiete años –Torrente nace en 1910– y su escritura en el mismo abarca el corto periodo de 1927-28. Tras la búsqueda y recopilación hemerográfica el resultado obtenido ofrece un total de nueve escritos agrupados en torno a dos modalidades: artículos crónica y artículos literarios, así como cinco críticas que corresponden a las temáticas teatral y cinematográfica<sup>4</sup>.

En este trabajo se procederá al estudio de los artículos correspondientes al primer grupo, es decir, los artículos crónica y los artículos literarios, escritos durante el año 1927.

#### LOS ARTÍCULOS CRÓNICA

La lista de estos artículos es la siguiente: “Noble historial de una empresa católica”(Viernes, 20 de mayo, p. 3), “Ayer en la Universidad. –Se celebró con gran solemnidad la Fiesta del Libro”(Sábado, 8 de octubre, p. 1), “Al margen de un discurso: los ideales de la juventud”(Martes, 11 de octubre, p. 8), “Ayer en el Ateneo: El recital del pastor poeta”(Jueves, 3 de noviembre, p. 8), “El reformatorio de niños: Hablando con el P. Ortúzar”(Jueves, 17 de noviembre, p. 8).

Bajo este epígrafe se agrupan una diversidad de escritos que si bien tienen características propias del artículo periodístico, también ofrecen semejanzas con el género de la crónica y del reportaje.

El primer texto perteneciente a esta modalidad es “Noble historial de una empresa católica”(Viernes, 20-5-1927, p. 3), glosa del tema que aparece en el título. No hay opinión ni visión personal del escritor que simplemente se limita a informar de cuál fue el origen, evolución, estado actual y posible desarrollo de una empresa dedicada al negocio editorial de los libros religiosos.

---

<sup>4</sup> La lista de estas críticas es la siguiente: “Actualidades. Lo que pronto veremos”(Domingo, 25 de diciembre de 1927 p. 8), “De teatros: Irene López Heredia”(Sábado, 3 de marzo de 1928 p. 8), “De teatros: el debut de esta tarde”(Miércoles, 7 de marzo de 1928 p. 8), “En el Campoamor. Estreno de *Un marido ideal*”(Jueves, 8 de marzo de 1928 p. 8), “*El caballero Casanova*”(Viernes, 30 de marzo de 1928 p. 8). De estos textos sólo se ha encontrado referencia del último, recogido por Aurora Vázquez Aneiros en su libro *Torrente Ballester y el cine. Un paseo entre luces y sombras*, Ferrol: Embora, 2002, p. 141.

Como encabezamiento del artículo figura el nombre del fundador de tal empresa y la fecha de su establecimiento en Barcelona. A continuación se enumeran los logros de la editorial para después dar las cifras de compradores y clientes de la librería. De la referencia al pasado se pasa al presente situando al lector ante el estado actual de la empresa:

El honrado y largo dominio del mercado del libro, rodeando de venerable prestigio el nombre de la casa entre el elemento eclesiástico y religioso comenzó a traer a ella ya de antiguo un sinnúmero de demandas no relacionadas con el libro y los principales centros misionales españoles de África y Asia y los Obispos de Hispanoamérica (...), pedían por favor a la casa Subirana que les proporcionara artículos variadísimos para el culto y para el uso personal o ajuar doméstico. En los últimos tres años por efecto de su extraordinario desarrollo de su giro comercial, la casa ha venido recibiendo semejantes demandas de todas partes con creciente frecuencia...

Para documentar su exposición el escritor emplea las estadísticas y nos proporciona una serie de cifras. La parte final se centra en la actualidad de la empresa y sus brillantes perspectivas. El tono es claramente propagandístico como se puede comprobar en la utilización de adjetivos cuya presencia subraya las excelencias de la Casa Subirana:

Para emprender hoy esta magna empresa, que a la vez de representar un importante negocio viene a crear una fuerza orgánica católica a disposición absoluta y cordial de la Iglesia y sus prelados, Casa Subirana, por su rancio abolengo comercial, por su tradicional prestigio, por su brillante historia económica y mercantil y por su extraordinaria extensión de mercado entre la población eclesiástica y religiosa de España y América, se ha sentido capacitada y ha creído necesario adaptarse a su posible magnitud aumentando considerablemente sus locales y almacenes, estableciendo diversas casa filiales...

Y con esta misma tónica, exaltadora de las cualidades, concluye el escrito, sin olvidar la referencia directa a la actualidad:

A todo lo cual responden los comentarios que circulan estos días entre el elemento católico en sentido francamente favorable a esta noble y extensa visión de una empresa esencialmente mercantil que

hará honor y enaltecerá el prestigio de quienes supieron concebirla y organizarla.

Torrente Ballester desempeña un papel de mero narrador que se dedica sólo a relatar y describir, sin que su opinión se manifieste a no ser de un modo indirecto a través de los adjetivos empleados. Esta adjetivación es muestra de una intención publicística en su afán de dar cuenta de los logros pasados, presentes y futuros de la empresa. La principal función de este texto es la informativa-divulgativa articulada desde la tercera persona.

Los siguientes artículos de *El Carbayón* pertenecen más claramente a la categoría de los artículos-crónica. Y se califican de crónica pues presentan las notas características que el profesor Martín Vivaldi atribuye a este género: “Una información interpretativa y valorativa de hechos noticiosos, actuales o actualizados, donde se narra algo al tiempo que se juzga lo narrado”<sup>5</sup>. La crónica está más cerca de la actitud del escritor que cuenta, del escritor-narrador, aunque también esté presente el sujeto que juzga, opina e interpreta.

El primero de estos escritos es “Ayer, en la Universidad: Se celebró con gran solemnidad la Fiesta del Libro”(8-10-1927, p. 1). Aparece encabezado por una fotografía con pie, cuya mitad

---

<sup>5</sup> Gonzalo Martín Vivaldi en *Géneros periodísticos: reportaje, crónica, artículo. (Análisis diferencial)*, Madrid: Paraninfo, 1973, p. 128 y añade también a este respecto: “La crónica no es artículo porque a diferencia del articulista, el cronista tiene la ineludible obligación de informar, de narrar, de contar algo que ha sucedido”, *ibidem*.

En esta misma dirección tenemos la opinión de Albert Chillón: “La crónica es, sin duda, la herencia más directa que el periodismo escrito moderno ha recibido de la literatura testimonial y de la historiografía pre-científica. (...) La crónica es un género viejísimo, tan antiguo como la voluntad de dar testimonio sobre la sociedad y, en cierta manera, la forma más espontánea de relatar acontecimientos. Desde las antiguas crónicas históricas de Tucídides o Tácito, la actitud y los procedimientos de los cronistas han cambiado bien poco: se trata de relatar isocrónicamente – en el denominado *ordo naturalis*- acontecimientos coetáneos observados de primera mano, y de irlos comentando a medida que necesitan ser explicados”, en *Literatura y Periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*, Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 1999, p. 121, nota 22.

superior recoge la imagen de la sala donde tuvo lugar la presentación del acto noticioso y a los principales oradores que en él intervinieron, junto al público asistente; la mitad inferior corresponde a las diferentes imágenes de los bustos de los conferenciantes. La crónica comienza con la información precisa sobre el acto, con la aportación de los datos necesarios para la elaboración del relato del hecho noticioso, que respondería a las preguntas de *qué, cuándo y dónde*: “Conforme habíamos anunciado, se celebró ayer en el Paraninfo de la Universidad la Fiesta del Libro Español”. A continuación se ofrecen nuevos datos informativos, como la hora del inicio del evento, quién lo presidió y algunas precisiones sobre los asistentes. Después el cronista decide aportar “una breve reseña de los discursos” pronunciados en el acto y a partir de este momento la crónica se divide en cuatro apartados cada uno de ellos titulado con el nombre del conferenciante cuyo discurso es reseñado.

Debido a la polémica que el comentario de Torrente despertará en esta crónica nos detendremos en el segundo epígrafe correspondiente a las palabras pronunciadas por un tal señor Perlado, estudiante y representante de los alumnos de la Facultad de Derecho. El resto de los epígrafes no reúne interés alguno al limitarse a ser un simple resumen. En el segundo apartado –que será el que nos ocupe– el juicio de Torrente figura entre paréntesis. Esta función interpretativa ostentada por el escritor está plenamente justificada por el ejercicio de su papel de cronista. Muestra la disconformidad con lo dicho por el conferenciante de un modo claro, directo y categórico:

(A juicio del cronista de la fiesta el señor Perlado estuvo equivocado en las afirmaciones que hizo respecto a la juventud actual. No es cierto que la actual generación sea pobre espiritualmente; no es cierto que carezca de ideales y, desde luego, no estamos conformes con el llamamiento que el orador hizo a los jóvenes para que vuelvan la vista al pasado; esto, además de no ser procedente, revelaría una gran cobardía; implica miedo, horror al futuro.

Torrente argumenta su opinión y ofrece razones puntuales a cada una de las cuestiones que suscitan sus discrepancias. Así lo

expone defendiendo los ideales de la joven generación a la que el mismo pertenece

Pero, desde luego, sepa que los ideales de la juventud actual –según algunos la sexualidad y el deporte– son tan nobles y legítimos como los ideales filosóficos y artísticos de las juventudes que pasaron –si es que, realmente, mantuvieron esos ideales con más intensidad que los jóvenes de hoy–.)

La crónica termina con la reseña del discurso del último orador y una última referencia a la acogida favorable que el auditorio dispensó a los distintos participantes.

En este texto hay un predominio de la dimensión informativa cifrada en el resumen de los discursos de los conferenciantes, pero también asoma la subjetividad del escritor, que se trasluce en la manifestación de sus opiniones y la defensa de sus ideas. A pesar de la brevedad de sus juicios, la intensidad y la energía que emplea en la defensa de lo que escribe sitúa la subjetividad en un primer plano. Esta subjetividad utiliza el mayestático *nosotros* –frente a la información que se realiza desde la tercera persona– para dar una mayor fuerza a las afirmaciones: “... y desde luego no estamos conformes con el llamamiento que el orador hizo...”, “... desde luego, creemos sinceramente, ...”, etc. El ímpetu de la convicción vendrá además reforzado por la reiteración de expresiones como “desde luego”, o bien el apodíctico “No es cierto”.

Los comentarios volcados por Torrente en esta crónica tendrán su pronta contestación en una carta publicada por el periódico, titulada “Después de una Fiesta. –Una carta replicando a un comentario” (Domingo, 9-10-1927, p. 3), y firmada por el señor Perlado, el estudiante orador cuyo discurso despierta las críticas del cronista.

La contrarréplica a esta carta vendrá dada por otro artículo de Torrente publicado dos días después: “Al margen de un discurso. –Los ideales de la juventud”(Martes, 11-10-1927, p. 8). La primera parte del artículo es una disección del discurso epistolar de su interlocutor para desentrañar las falsas acusaciones que se le hacen, como la siguiente:

En ningún lugar de mis comentarios digo yo que la sexualidad y el deporte sean los ideales de la actual juventud, ni siquiera de un determinado sector de ella, sino que hago notar que son los únicos anhelos que como ideales nos achacan ciertos intelectuales: los fracasados y los pobres de espíritu”

El resto del escrito de Torrente cuestiona “los puntos principales del discurso del señor Perlado” en defensa de las propias concepciones. La primera de estas cuestiones es “la necesidad de volver al pasado” y en torno a esta idea Torrente articula su particular concepción sobre el valor de la Historia, contrapunto a la ofrecida por su oponente:

La Historia, señor Perlado, no sirve absolutamente para nada, porque de ella no se desprende sino una enseñanza: que los pueblos que se ocupan de su historia son pueblos sin energía; que la causa de la decadencia de las naciones de abolengo es precisamente eso: la Historia. Y si no es la causa única es, por, lo menos, principalísima.

Y continúa ilustrando su visión de la Historia con ejemplos y la propia experiencia de estudiante desengañado de la misma:

Esto se lo aseguro yo, que tuve la ocurrencia de estudiar Historia en la época, ya lejana, en que la creía una cosa seria y no lo que es: una divertida teoría de payasos de todas las clases sociales

El segundo polo de la discusión es el que da título al artículo de réplica de Torrente: los ideales de la juventud. Y aquí nuestro escritor se convierte en adalid representante de una juventud inquieta, entusiasta del saber y la verdad, revolucionaria, ilusionada por un futuro de renovación por el que hay que luchar con energía, decididamente, sin mirar nunca el pasado. Así se describe esta juventud:

...alrededor de las Universidades, en Madrid, en Compostela, en Salamanca, en Oviedo mismo, hay grupos de jóvenes –que no son una o dos individualidades aisladas, sino mayorías– que se dedican con entusiasmo al estudio del Arte, de la Filosofía, de la Ciencia. Estudian con ardor, porque se han encontrado con un Arte académico y bonito, con una Filosofía absurda y con una Ciencia caduca; y como se sienten con fuerzas suficientes, con muchas fuerzas, aspiran a crear otro Arte, otra Filosofía, otra Ciencia. Y como en sus venas hay sangre ardorosa; como su espíritu es fuerte y se siente capaz de arrostrar y vencer el futuro, para nada necesitan de

la muleta de un pasado caduco que poco o nada podría enseñarles.  
(...) Estas juventudes son iconoclastas. Necesitan serlo para llevar a cabo la obra de renovación que se han propuesto, obra a la que de nada sirven los viejos cimientos.

A través del paréntesis Torrente completa el retrato de esta juventud y responde al reproche formulado por el señor Perlado sobre las tan traídas y llevadas cuestiones de las prácticas deportivas y la sexualidad de la juventud:

(Si no temiera asustar al señor Perlado que, al parecer, se asusta por poca cosa, le diría que esta juventud, bastante más ejemplar que cualquiera de las que fueron, alterna el estudio de las disciplinas antes citadas y la grata tarea de derribar ídolos con el chanchullo, el charlestón, los deportes y los “cocktails” con pajita)

El final del escrito ataca la mojigatería y las posturas que miran la sexualidad como un tema tabú y para ello se citan los nombres de grandes figuras del momento que han dedicado parte de su obra al estudio de este tema:

el estudio de la sexualidad como ciencia ocupa hoy la atención de hombres tan eminentes como el doctor Marañón y el catedrático de Derecho Penal de esta Universidad señor Tejerina, y el hacer de **esa** que los siglos que usted defiende nos han legado envuelta en las estupideces y camelos del amor literario y la lujuria una cosa natural, cuyo resultado sea una **humanidad** sana, **por esta misma humanidad**, que es la de nuestros hijos, debía ser, y lo será cuando en el mundo los filisteos y los mojigatos sean los menos, elevado a la categoría de ideal.

La siguiente crónica da cuenta de un hecho del cual se informa en el título: “Ayer, en el Ateneo. –El recital del pastor poeta”(Jueves, 3-11-1927, p. 8). Torrente ejerce también aquí como cronista de un acto cultural, ahora, un recital poético. Como en la crónica anterior el texto aparece encabezado por una fotografía con pie que se divide en dos partes: arriba se refleja el aspecto del Ateneo durante el acto y debajo las fotos del pastor poeta Julián Sánchez-Prieto con el presidente del Ateneo y otros miembros de la directiva.

La crónica se inicia informando sobre el éxito del evento y presentando la identidad del poeta protagonista del mismo: “Un

éxito grande y merecido constituyó el anunciado recital poético a cargo del ya popular poeta y notable autor dramático don Julián Sánchez Prieto, organizado ayer tarde...”. Después, tras referirse escuetamente a la naturaleza del público asistente, reproduce textualmente las palabras de presentación del acto para ir enunciando a continuación las composiciones recitadas. Toda esta información aparece apoyada por una serie de datos que revelan la previa labor de documentación del cronista. En este texto no sólo se informa al público, sino que también se le orienta sobre la obra del poeta al ofrecer, en las escasas líneas dedicadas a cada una de las composiciones recitadas, juicios descriptivos sobre las características de las mismas a modo de crítica de urgencia:

... inició el recital con unas sabrosas quintillas de su obra “Al escampío”, estrenada en Madrid, en el Teatro Fuencarral el año pasado con gran aplauso. Son un vibrante canto a un potro jerezano. Después declamó “Como el espino”, estrofas de pura raigambre castellana: campestres, recias y bravas como su autor. “A una mujer de Castilla” es un canto apasionado a la mujer castellana, a la mujer buena y fuerte del campesino. Ya era conocido de nuestro público el romance “La pelea”, poema recitado en el Campoamor el día del estreno de “Un alto en el camino”. Es algo fiero, verdaderamente salvaje en su inspiración y de una factura y técnica delicadísimas.

El Reformatorio de niños. –Hablando con el P. Ortúzar”(Jueves, 17-11-1927, p. 8) es un texto que podríamos considerar como perteneciente a la modalidad del reportaje conocido como “reportaje de citas o entrevista” según la definición que de él ofrece Martínez Albertos:

Es lo que corrientemente se entiende por entrevista periodística: un reportaje en el que alternan las palabras textuales del personaje interrogado con descripciones o narraciones que corren a cargo del periodista, en párrafos presentados como un relato en tercera persona que se intercalan dentro de las citas o referencias precisas hechas con palabras surgidas en el coloquio entre entrevistado y entrevistador<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Redacción periodística. Los estilos y los géneros en la prensa escrita, Barcelona: ATE, 1974, p. 108.

En este texto Torrente, en el ejercicio de su función reporteril, se limita a recoger y resumir las palabras del entrevistado, el Padre Ortúzar, que explica en que consistirá la labor que realizará el reformatorio ovetense de pronta inauguración. El escritor se dedica a ser mero narrador que transmite todo lo dicho por el entrevistado y que sólo lleva a cabo la tarea de dirección, destacando cuestiones mínimas como la amable acogida que se le dispensó –“Nos recibió el P. Ortúzar amablemente”–. Es un reportaje guiado por el interés humano y social que un acontecimiento de esta naturaleza puede tener.

El reportaje-entrevista está dividido en distintos epígrafes que presentan las distintas cuestiones tratadas: “El por qué de los reformatorios”, “Cómo se procede en ellos”, “Algunos resultados”, “Lo que opina de los edificios”, “Una anécdota”. En estos apartados Torrente se limita a resumir ante los lectores las declaraciones del entrevistado, sus experiencias y opiniones sobre temas como la delincuencia juvenil, la labor de los reformatorios, la influencia de la sociedad en los jóvenes... Además, el texto se cierra con una anécdota que contribuye a dar el toque de amenidad.

La palabra del entrevistado prima en todo momento sobre la pluma del reportero entrevistador y la presencia de Torrente tan sólo se hace patente al principio –según señalamos– y al final del escrito, cuando nos comunica de una forma expresa sus deseos y esperanzas acerca del futuro buen funcionamiento del reformatorio ovetense. Torrente ni interviene ni enjuicia, es un mero transmisor del discurso del entrevistado que coordina y registra ordenadamente.

#### LOS ARTÍCULOS LITERARIOS

El grupo de estos textos es el siguiente: “Del momento. –En el café acogedor...”(21-8-1927, p. 8), “Mercado en Oviedo...”(Jueves, 16-9-1927, p. 8), “Motivos líricos. De un viaje a Covadonga”(Viernes, 7-10-1927, p. 8), “Del momento. –Santa Teresa de Jesús”(Sábado, 15-10-1927, p. 1).

El primer artículo de este grupo es “Del momento. –En el café acogedor...” (21-8-1927, p. 8), texto que inaugura la vertiente

más literaria de la creación de Torrente en “El Carbayón”. La música escuchada en una café inspira el escrito.

La primera parte del texto se inicia con la referencia a la estación estival y aquí ya tenemos muestras del retoricismo que aparecerá a lo largo del escrito:

El tedio domina a la ciudad en estos días largos, inacabables del verano. El negro hastío –que diría Homero, que diría también un romántico de fin de siglo– abruma el alma, la aniquila. Ya no sirven a distraerla ni los campos verdes, ni la perspectiva azul de las sierras en lejanía...

Después tenemos el motivo central del título: el protagonismo del café, refugio y escenario ideal: “Y el café –gran amigo– nos brinda el retiro acogedor, amable, de sus divanes verdes, de su música escogida”.

Torrente va describiendo las escenas y el paisaje humano que conoce, que le resultan habituales y que dibujan los diferentes grupos que se acogen a este café: los filisteos, los intelectuales, los exquisitos... Con esta descripción concluye la primera parte y se nos ofrece, también, el motivo central alrededor del cual girará el resto del texto: la música del trío Soler que toca en el café y que interpreta en este día “El Convento”, de Borodín.

La segunda parte del escrito se consagra a caracterizar la música tocada y a narrar y describir las impresiones, las sensaciones, los paisajes, las imágenes que tal música despierta en el escritor:

Música rusa, que es como el alma eslava, sentimental, dulce, nebulosa. Música que trae a la memoria las brumas de una novela de Andreieff o de Dostoyewski. Para nuestro espíritu, acostumbrado a los arabescos de notas de la música española, hay un gran encanto –encanto de lo raro, de lo lejano– en estas melodías que el violín deja escapar, como jugando.

La evocación es constante y con la música se imagina el escenario y la vida que ésta parece trazar con sus notas:

... porque primero son notas graves, de una gran armonía, que semejan un lejano ruido de campanas. Después, el rumor de rezos –este rumor de rezos orientales– que adormece: salmos cantados en

voz baja, con tonos de dulce melopea. Rumor también de pasos quedos, por claustros, llenos de romanticismo y luz de luna.

Este marco “sonoro”, de sonido apagado tendente al silencio, queda completado por la construcción de un paisaje, una luz, un clima.. Así escribe:

En el ambiente parece que se dibuja una estepa helada, bañada en la luz blanca y fría de un sol de hojalata. En esta estepa, allá, muy lejos, se adivina una mancha negra y borrosa, una mancha, que, al acercarse la ilusión, dibuja un convento de grandes, de extrañas cúpulas orientales. Hay árboles a su alrededor. Pobres árboles, de hojas que se doblan bajo el peso de una nieve blanca y fina como plumón de cisne.

El elemento físico del paisaje se completa con la pintura del elemento humano, las gentes que acuden al monasterio y los frailes del santuario. Todo ello responde al cuadro que la música va sugiriendo y la sensibilidad literaria del escritor construye:

Hay también gentes que bullen, que se mueven, llegadas de muy lejos en trineos de cansado arrastre, pobres gentes, creyentes en el milagroso santuario. (...)

Hay frailes, en este santuario. Frailes que no son como los nuestros –eternos paseantes por claustros aromados de claveles y de jazmines– Éstos, negros de silueta, imponentes con sus altas mitras, los imaginamos pasionales, ardientes, como héroes de Tolstoi...

La parte final y tercera del artículo, muy breve, es la despedida de este mundo de ensoñación que se disipa al concluir la melodía que dio alas a la imaginación. Se esfuman suavemente las visiones y en su paulatino abandono de la evocación el escritor sigue percibiendo el eco de los sonidos descritos en la segunda parte del texto –los rezos y las campanas– mientras se despierta lentamente al reino de la realidad: “Acaba. (La visión se aleja). Las últimas notas son como rezos suaves, como campanadas de una gran armonía...”

“Mercado en Oviedo...”(Jueves, 16-9-1927, p. 8) aparece encabezado por una fotografía del mercado ovetense sobre el cual gira el texto. Es un artículo muy breve de claros tintes costumbristas en lo que se refiere a la pintura de tipos y descripción de ambientes.

El escritor se pasea –y con los mayestáticos *nos* y *nosotros* invita también al lector a pasearse con él<sup>7</sup>– una mañana por este escenario y nos cuenta, a vuela pluma, con pinceladas rápidas, todo lo que ve. Comienza su texto directamente con una reconstrucción escénica que incluye un pequeño diálogo y el esbozo de un tipo:

Las maritornes, de ojos expresivos, de ademanes simpáticos, al vernos pasar, sonríen. Alguna dice a su compañera entre irónica y seria: ¿Vendrá a la compra? Nosotros sonreímos. Le decimos, acaso, un requiebro, al que no contesta. Después, nos hundimos en el bullicio del mercado. Este mercado tan típico, tan simpático, tan tradicional, el mercado en que vendía “Tigre Juan”. Y pensando en él, asistimos a las transacciones, a las escenas que en él se desarrollan.

Interesa captar la viveza del ambiente, su dinamismo, la frescura de sus gentes. De este modo se pasa de una caracterización panorámica a una caracterización particular de diversos personajes tipo:

Estamos en plena picaresca. Todas estas gentes que a nuestro alrededor se agitan, tienen ojos vivos; tienen modales desenvueltos. Estas “chavalas” que, mudas, miran a los que venden, pensando en birlar algo; esta gitana que quiere comprar unos zapatos para el churumbel, y que “no tío perras bastantes”, pero que mientras que la vendedora se descuida, los “asimila” y huye. Este viejo que pregona unas baratijas para uso de criadas, que dice que son de oro –oro barato, de a 0,50 kilo–...

Para Torrente todas estas figuras se agrupan en torno al tipo por excelencia de nuestra literatura: el pícaro. Así escribe: “todos ellos, tienen ese bello, inconfundible y simpático del pícaro, de manga ancha y de conciencia más ancha todavía...” Y el desfile

---

<sup>7</sup> “El *nosotros* con que el narrador oculta su *yo* refuerza la vinculación con el auditorio que el narrador coloca a su lado, atribuyéndole así una parte de la responsabilidad de lo narrado”, W. Kayser, *Interpretación y análisis de la obra literaria*, Madrid: Gredos, 1965, p. 186. Karl Bühler caracteriza como “nosotros inclusivo” esta forma: “Consideremos, sin embargo, con rigor lo que se encuentra en la doble forma del *nosotros* inclusivo y exclusivo. Por su función también en nuestra habla se distinguen los casos en que un emisor incluye en *nosotros* al receptor, de los casos en los que lo excluye y acaso lo cuenta francamente en otro partido, el de vosotros”, *Teoría del lenguaje*, Madrid: Alianza, 1979, pp. 159-160.

de personajes y escenas continúa con el guardia y el paisano, la vendedora de rosquillas y la aldeana, el randa ... Ésta es para Torrente la más viva estampa de lo que entiende como “el pueblo soberano”. Junto a la descripción y el relato tenemos la manifestación de las impresiones del escritor:

Nos hallamos plenamente entre el pueblo, en contacto con él. Ni el randa, ni esta señora que nos pisa y aún protesta, bastan a discriminar esta honda satisfacción espiritual que nos produce el vernos confundido con esto que un *pobre hombre*, en un momento de inspiración, llamó pueblo soberano

El siguiente texto es “Motivos líricos. De un viaje a Covadonga”(Viernes, 7-10-1927, p. 8) y como los dos artículos anteriores, se publica en la última página del periódico y presenta puntos de semejanza con éstos. El primero de los rasgos comunes es el de su pertenencia a la categoría de los artículos intemporales, sin referencia a una actualidad estrictamente noticiosa. Otro de los puntos en común es su profundo retoricismo, muy en la línea del artículo “Del momento. –En el café acogedor...”(21-8-1927, p. 8).

Características diferenciales son la ausencia de foto y la de su extensión, al ser este texto más largo que los anteriores. Debido a su mayor extensión está dividido en epígrafes que facilitan su lectura: “Una roca”, “La ruta”, “Un clérigo”, “Una mujer”, “El cielo”, “El Ángelus”.

Como muy bien indica su título el artículo se inicia con un tono profundamente lírico, lirismo sustentado en dos factores: el lenguaje y el empleo de la primera persona del singular, del “yo” más íntimo del escritor. Esta intimidad lírica se proyecta sobre el paisaje y sus elementos. Así, en el primer epígrafe une su sentir al de una roca que da título al apartado:

Sola. No hay en sus aledaños hierba ni arbustos. Hay arenas amarillas que quema el sol de esta mañana. Yo he visto esta roca; me he acercado a ella y en ella me senté. Y desde ella miré la teoría de rocas lejanas; de rocas cercanas; de rocas que se ven, de rocas que se adivinan; de rocas de todos los colores: rojizas, verdosas, cárdenas.

Yo soy un enamorado de las rocas; yo me he enamorado especialmente de esta roca. Me ha interesado porque está silente. Porque parece que piensa, que siente su soledad trágica.

Incluso, en este discurso lírico, Torrente lleva la personificación al extremo de dotar de alma a la roca:

Parece también que mira a su alrededor, como buscando en quien desahogar su pena, la pena que indiscutiblemente atesora su alma. Porque yo creo en el alma de esta roca, tan sola, tan triste.

El mismo lirismo inunda también el segundo epígrafe titulado “La gruta”. El yo sentimental del escritor y su yo creador de ficciones se fusionan y dan como resultado la ensoñación – como también ocurría en el primero de estos artículos literarios–.

El texto tiene como punto de partida una comparación que culmina en metáfora: “La gruta es como un niño medroso de que le roben el tesoro de sus juguetes –la Virgen– y se esconde en el regazo de su madre –el monte–”.

La personificación –la misma que utilizó Torrente para la roca del apartado anterior– se emplea con la gruta, da vida a ésta y construye una relación de tú a tú: “Yo siento que la gruta me atrae: parece que la veo sonreír diciéndome que me acerque, que no tema...”

El escritor describe a continuación el camino que recorre desde la entrada a la gruta hasta el lugar en que está la Virgen. Destaca el protagonismo de las sensaciones, los sonidos y los colores:

Voy a ella - ¿por qué no?- a través de un túnel helado, semioscuro, desde el que se percibe, estilizado al atravesar el muro de tierra y peña, el murmullo del **Deva** –río juguetero, que contento de nacer al pie de la Virgen, se divierte dando saltos blancos, blancos de espuma. En el fondo del túnel, dos brochazos violentos –negro y blanco– de luz y sombra.

La actitud ensoñadora y poética de Torrente parece romperse con la percepción del elemento humano representado por las mujeres devotas del interior de la gruta. Pero ello es sólo un paréntesis que le lleva inmediatamente a sumergirse, de nuevo, en su aventura interior:

Entro en la gruta. Allí hay gente: mujerucas que llegan en peregrinación, que rezan calladamente. Me acerco a ellas. Me siento entre ellas, y oigo el sonido de sus Avemarías. Como no veo sus rostros, los imagino bellos; casi tan bellos como el de la Santina, que tampoco veo, pero que mi fantasía pinta en el lienzo de la nieblas altas; de las nieblas blancas y violetas.

Una nueva acometida de realidad parece distraer a Torrente de su ensoñación, pero su espíritu poético le hace retornar al intimismo que se manifiesta a través de la metáfora:

Las mujeres peregrinas me han vuelto a la vida. Han cuchicheado entre ellas y han empezado a cantar. El cántico, es un pájaro joven, que vuela por la gruta con aleteos asustados; que va a posarse en los oídos y en el corazón de la Virgen, porque cree encontrar en Ella refugio a su medrosidad.

Yo sigo, con los ojos de mi alma, el vuelo de este pájaro. Como son ojos de alma, la maraña de sombra nada puede contra ellos.

Dos personajes aparecen después como protagonistas de los siguientes epígrafes: un clérigo y una mujer. La atención de nuestro escritor se detiene en primer lugar en una imagen, un recuerdo de una figura religiosa que encuentra ahora en Covadonga: “¿Dónde he visto yo a este clérigo, tan alto, tan solo, tan triste?(...) Yo lo he visto, y el recuerdo de su visión viene enmarcado en una arquería románica.”

A continuación va describiendo el físico, la cara del religioso:

Yo he visto este rostro enjuto, amarillento, hosco. Esa nariz descomunal; esa boca desierta de dientes; esos ojos...

¿Dónde he visto yo esos ojos?

Son unos ojos grandes, que miran siempre al suelo, y que, sin embargo, no lo ven. Pasan sobre él, lo acarician. Pero no lo ven.

A partir de este retrato Torrente imagina, interpreta cuál puede ser el discurrir espiritual de este fraile<sup>8</sup>, el retrato de su alma:

---

<sup>8</sup> Bien pudiera encontrarse en este breve esbozo del personaje religiosos el germen que luego utiliza al construir su Fray Eugenio de la trilogía *Los gozos y las sombras*, Madrid: Alianza, 1971.

Yo me pregunto, como la primera vez que vi a este clérigo: ¿A dónde mirará? Acaso contemple eternamente el paisaje de su alma. Su propio paisaje interior.  
 ¿Soñará? ¿Será acaso Don Quijote disfrazado con la sotana de cura de Santuario?

El siguiente personaje que da título al epígrafe es una mujer, motivo también de reflexión lírica. El principio es la respuesta metafórica a una interrogación: “¿Mujer? No, todavía. Crepúsculo matinal. Amanecer en el que no desapareció la noche de la adolescencia. Niña.”

En este personaje femenino, contemplado también con “los ojos del alma”, parece cifrar Torrente el ideal de la doncella: bella, devota, pura ... De este modo la describe:

Levemente, armoniosamente, se acerca. Sonríe. Tiene hablar mesurado. Tiene mirar acariciante. Sus dedos, parcelas de brisa, cogen delicadamente las medallitas de la Virgen y envueltas en un perfume de misticismo, las ofrece. Las medallitas, sobre el blanco de sus dedos, parecen lirios de oro sobre campo de nieve.

El epígrafe siguiente abandona a los personajes y se titula “El cielo”. Es el más corto de todos y la anáfora y las metáforas, junto al color, son sus notas predominantes:

El cielo es un estanque blanquiazul, donde bogan cisnes rosas y cisnes blancos. El cielo es un prado nevado, sostenido por las varas de los altos picos. El cielo es un lienzo azul, donde cayeron al azar algunas paletadas de blanco y de rosa. Rosa, blanco, azul: eso es en Covadonga el cielo.

Y esta explosión de lirismo iniciada en el epígrafe anterior culmina en el apartado final: “El Ángelus”. Lo literario termina por invadir todo el artículo y las campanadas que anuncian el rezo del Ángelus son esta vez el motivo que da rienda suelta a la fantasía del escritor:

El ángelus matinal. Niebla, luz difusa, frío. Las campanadas escapan presurosas de la torre que las encerró por tanto tiempo, y se extienden por el valle, a gozar de la libertad y de la mañana. Algunas suben al cielo. Otras, se esconden en la gruta. Las más, se convierten en ninfas, y desde hoy jugarán por la arboleda. Pero una ha venido a

posarse en mi ventana. Desde mi lecho la veo y la oigo. Es azul,  
como los sueños de los niños que creen en las hadas.

En este artículo sentimos muy cercano el yo más íntimo del escritor, su yo más lírico, y desde esta perspectiva se refleja todo un mundo de sensaciones y fantasía que tienen como marco lejano la realidad. Al destacar la presencia del lirismo se considera lo lírico en su sentido de manifestación de lo más profundo de la personalidad del escritor<sup>9</sup>.

El último artículo es “Del momento. –Santa Teresa de Jesús”( Sábado, 15-10-1927, p. 1). Pertenece a la categoría de los artículos conmemorativos– la actualidad que incide en el día, el artículo que se compone con motivo de una determinada festividad– y al grupo de los artículos literarios, ya que se trata de un cuento que narra la historia de un breve episodio místico de la vida de Santa Teresa. Se destaca en un principio la austeridad de la existencia y la bondad de la monja a través de un breve paratexto:

¡Qué vida la de esta madre Teresa! Vive en una celda pobre, duerme  
en un lecho duro; casi no come. ¿Por qué llevará esta vida la madre  
Teresa? Ella es muy buena.

El narrador sigue de cerca los movimientos del personaje desde el principio y describe los distintos escenarios por los que pasa y en los que se encuentra utilizando para ello un idiolecto narrativo caracterizado por su intención poética:

---

<sup>9</sup> Lo lírico como actitud, según define Francisco Abad Nebot, se entiende así: “Se trata, en efecto, de una actitud del ánimo psicologista-sensitiva que busca –expresándose– comprensión y participación. El autor lírico no testimonia más que de sí mismo, necesitado de simpatía hacia sus estados psicológicos. (...) El poeta lírico lo que hace es entregarse o abandonarse a su yo, y con exaltación imponerlo a toda la realidad, esto es, verla coloreada, subjetivamente. Lo real –se diría– ya no vale sino en cuanto representa un estado anímico, un “paisaje del alma”.”, *Los géneros literarios y otros estudios de Filología*, Madrid: Cátedra de Lingüística general, UNED, 1982, p. 97. Rafael Lapesa define a su vez así la poesía lírica: “es la que expresa los sentimientos, imaginaciones y pensamientos del autor; es la manifestación de su mundo interno y, por tanto, el género poético más subjetivo y personal.”, *Introducción a los estudios literarios*, Madrid: Cátedra, 1974, p. 139.

Viene la madre Teresa por el Claustro, lleno de sombras negras y sombras blancas –luz de luna y sombras de pilares– que juegan a lo largo de los baldosines. La madre Teresa, con su hábito blanquioscuro, es como un espíritu que bajase al convento a jugar con las campanillas de la espadaña, y con las fantasías de las monjas jóvenes.

A continuación se retrata la figura física de Santa Teresa:

Las gaviotas de sus manos, van prisioneras una de otra, sobre el cielo oscuro del manto. Su rostro albo está ya ajado; tiene arrugas en los ojos, en la boca, en todo él.

Después se nos informa de que el trayecto de la monja termina con la llegada a su celda, tras una breve oración al pasar delante de un Cristo. Y de nuevo encontramos otra descripción, ésta correspondiente a la celda como nuevo escenario:

Es la celda pequeña, de techo bajo. Tiene las paredes enjalgadas y una ventana con celosías que da a una calle y a una plaza. Hay un lecho pobre y una mesa. En la mesa, muchos papeles revueltos, y un gran tintero azul y blanco.

Aparece la faceta de Santa Teresa escritora y el relato se detiene en el momento en que la protagonista se enfrenta a la tarea de escribir sobre su vida. Asistimos entonces al verdadero inicio del núcleo del relato, de la historia del cuento: al mirar hacia fuera de su ventana, la madre observa cómo todo está a oscuras y se interroga por la razón de tan extraño fenómeno en una noche de luna:

Como no tiene ganas de escribir, miran sus ojos al cielo que se ve por la ventana; a los trozos de cielo que no detienen las celosías. Este cielo está oscuro. La madre Teresa recuerda que había luna –una hermosa luna– sonriente e ingenua como un niño. ¿Por qué está el cielo ahora apagado?

Las líneas siguientes continúan con la exposición de esta excepcional circunstancia y su comprobación en otros lugares. El narrador sigue los movimientos físicos de la protagonista y reproduce su pensamiento y perplejidad:

Rara cosa. Se levanta y mira. Es verdad: está negro como las pupilas de la novicia Ana; y las casas cercanas, no proyectan sombra. Ni los

chopos de la plaza, ni la Cruz de piedra con yedras y musgo que hay al pie de la iglesia de enfrente.

Ni ella misma, en las tablas carcomidas. Ni la mesa, ni el velón.

¿Por qué —piensa la madre Teresa— no da sombra la luz? Va al Claustro, presurosa. Tampoco allí los pilares dan sombra, porque todo es sombra, y oscuridad y silencio.

El ritmo de la narración se acelera acompañando el ir y venir de la protagonista que pronto va a encontrar el indicio que explicará la causa de su intranquilidad:

La luna se apagó. Las estrellas se apagaron. Se apagó el cielo todo, y se apagó la lamparilla de aceite que iluminaba al Cristo de talla que hay en el Claustro.

La madre Teresa corre hacia el Cristo; pero antes de llegar a Él cree oír un suspiro... Sí; ha oído un suspiro, largo y apagado, como una queja tímida.

¿Será alguna novicia atacada del éxtasis del amor a Dios?

No. En el Claustro no hay novicias. No hay nadie en el Claustro, sino ella.

Y el suspiro tornó a sonar, allí, a su vera, donde no hay nadie.

¿Quién gemirá? ¿Quién suspilará así?

El momento de suspense se desvela muy pronto cuando la Santa descubre el motivo de este fenómeno: el Cristo del Claustro suspira al haberse apagado su lamparilla que ella ha olvidado rellenar de aceite. Esto se nos cuenta a través de la siguiente escena:

Mira al Cristo, que es el único que se distingue, entre las sombras. Pregunta al Cristo quién suspira. Y le parece ver que el pecho del Cristo se eleva, a la par que se advierte un nuevo suspiro.

La madre Teresa se inquieta. Abre los ojos y se arrodilla, contrita. Ya sabe quién suspira... Ya sabe también por qué no brilla la luna, por qué no dan sombra las luces, por qué la negra sombra única envuelve al pueblo, al convento y a ella; la luz que con gran amor todas las noches alimenta ella; la luz que alumbra a Jesús, se ha apagado: ella se ha olvidado de echar aceite, de cambiar la mariposa.

Y Torrente cierra su relato con una secuencia final que presenta a la monja con ansias y espíritu renovados, alentada por este nuevo episodio místico que él ha inventado:

Diligente, la madre Teresa enciende la luz de Cristo. Y cuando otra vez la luna alumbra el pardo pueblecito de Castilla, se siente con energías que hace tiempo no conoce. La pluma, sobre el papel, escribe cosas que la misma madre Teresa no sabe cómo escribe...

#### CONCLUSIONES

En esta su primera colaboración en prensa Gonzalo Torrente Ballester desarrolla una muy corta pero variada actividad de escritor que abarca desde la crítica hasta la función de cronista pasando por la de creador de mundos literarios. El joven autor ofrece a través de sus crónicas una serie de informaciones sobre eventos culturales de actualidad y ejerce como narrador desde un prisma muy personal, sin renunciar en diversas ocasiones a ejercer la propia subjetividad por medio de su incisiva actitud crítica. Pero Torrente desarrolla también en *El Carbayón* su faceta creadora de mundos ficcionales cuando publica un cuento o diversos artículos literarios que dan cuenta de su dimensión más intimista y lírica, de su capacidad imaginativa para construir nuevos escenarios a partir de la ensoñación y la evocación.